

INSTRUCCION PARA LA MUJER

REVISTA QUINCENAL

Se publica los días 1.º y 16 de cada mes.

LOS ASIRIOS Y BABILONIOS.

(Continuación.)

Después de la caída de Ninive, Babilonia fué la metrópoli de la Asiria, y bajo sus auspicios se levantó un nuevo imperio de corta duración, que aunque esencialmente era una mera continuación del asirio, se distingue en la historia con el nombre especial del imperio babilónico.

La naturaleza de las relaciones entre Babilonia y Ninive, mientras ambas ciudades existieron á la par, parece haber sido la siguiente. Babilonia fué el asiento y centro originario y primitivo del pueblo asirio, la ciudad-madre, de que Ninive era sólo una colonia. Esta colonia, sin embargo, se elevó rápidamente y concluyó por adquirir la supremacía, mientras Babilonia quedó en un rango inferior de dependencia y casi como una provincia ninivita, aunque conservando una organización propia especial, y alcanzando á veces mayor ó completa independencia, merced á los esfuerzos de sus vireyes. Por supuesto que, en virtud de tal estado de cosas y con el trascurso del tiempo, los habitantes de Babilonia y de Ninive, originariamente idénticos como miembros hermanos del gran imperio asirio, llegaron á diferenciarse entre sí bajo ciertos puntos de vista, y á entrar por tanto en cierto género de oposición. Uno de los principales elementos y motivos de tales diferencias fué el predominio que con el tiempo consiguieron en Babilonia los caldeos, gentes cuyo origen no ha sido todavía descifrado con absoluta certeza, considerándolos algunos como una tribu invasora árabe, y otros como pueblo originario

de las montañas del Norte de la Mesopotamia y parientes de los modernos curdos (1). Pero sease de esto lo que se quiera, lo que no admite duda es que ocho ó nueve siglos antes de Jesucristo los caldeos existían como una casta sacerdotal entre los babilonios, siendo tan grande la influencia que adquirieron, que desde entonces Babilonia se llamó más comunmente Caldea. Los caldeos fueron los depositarios de toda la sabiduría de la Asiria meridional, y todas las profesiones intelectuales, así como los más importantes oficios civiles, estaban á su cargo, mereciendo especial celebridad como astrónomos. Los griegos, en efecto, derivaban de las tradiciones caldeas muchos de sus conocimientos en astronomía, y los caldeos fueron los que fijaron la era de Nabonasar (747 A. C.). Este Nabonasar fué el hijo menor de Pul, rey de Ninive, nombrado virey de Babilonia, durante cuyo gobierno los caldeos hicieron una reforma del Calendario, señalando desde entonces una nueva era.

Nabopalasar, el primer monarca indepen-

(1) El origen y naturaleza probable de los caldeos era el siguiente:

Desde muy remotas edades se estableció hacia la Armenia una rama indo-europea con el nombre de kasdos. Una vez allí, y esparcidos por las regiones altas del Tigris, empezaron á servir á sueldo en los ejércitos extranjeros, bactrianos, medos, etc. De este modo, y empezando por desempeñar el papel de soldados mercenarios en Babilonia, acabaron por hacerse dueños de ella. Es verdad que la tradición nos presenta á estos kasdos con el nombre de caldeos, como una casta sacerdotal; pero es posible que entre los mismos existiese un cuerpo fuertemente organizado de sacerdotes, y conviene además considerar que, habiéndose amalgamado los caldeos y los babilonios, y habiéndose confundido ambos nombres con el largo trascurso de los siglos, quizás las instituciones científicas y otros muchos pormenores, atribuidos hoy exclusivamente á los caldeos, no fueran en realidad sino herencia recibida por éstos de manos de los vencidos.

diente de Babilonia después de la ruina de Nínive, no gozó largo tiempo su nueva dignidad. Muerto en el mismo año en que Nínive fué destruida, dejó el imperio babilónico á su hijo Nabucodonosor, que se había distinguido ya por sus servicios militares en los ejércitos de su padre. Nabucodonosor, á su subida al trono, se encontró dueño de todos los dominios que habían pertenecido á los monarcas de Nínive, exceptuando las posesiones del reino de la Media, que seguía independiente. Su largo reinado (606-561 A. C.) fué la época de mayor gloria y esplendor de Babilonia. Además de sus hazañas como conquistador (expediciones contra Judea, Fenicia y Egipto), Nabucodonosor fué celebrado por la extensión de sus miras y grandiosidad de su carácter. Babilonia era ya antes de él una gran ciudad; pero bajo su reinado se convirtió en la magnífica metrópoli del mundo asiático. Herodoto, que la vió ya en su decadencia, nos la pinta rodeada con murallas de 75 piés de espesor y 300 de altura, abrazando un circuito de 480 estadios (60 millas). Esas murallas formaban un cuadrado perfecto, cada uno de cuyos lados contaba 120 estadios, ó sea 15 millas, y estaban construidas con ladrillos unidos por medio de un barro ó cemento, que al poco tiempo de empleado alcanzaba aún mayor dureza que la piedra. La ciudad estaba además rodeada, por fuera de sus muros, por un vasto foso lleno de agua. En toda la extensión de esas murallas había cien puertas, veinticinco por cada lado, todas de bronce, y doscientas cincuenta torres. De cada una de las veinticinco puertas de cada lado partía una hermosa calle, que terminaba en la puerta correspondiente del lado opuesto: el número de calles era, pues, el de cincuenta, cortándose unas á otras en ángulos rectos, y su anchura de unos 150 piés. Dentro de la ciudad, los dos mayores edificios eran el Palacio real con sus pensiles, y el templo de Belo, compuesto de ocho torres sobrepuestas.

Pero no sólo en la capital se ejecutaban obras tan colosales. La totalidad de la Mesopotamia meridional estaba cruzada por canales, muchos de los cuales alcanzaban desde el Éufrates al Tigris, sirviendo para el riego y los trasportes, y los pantanos ó lagunas estaban convertidos en vastos estanques ó re-

servatorios, uno de los cuales tenía cincuenta millas de circunferencia y todas las paredes sólidamente revestidas. El comercio de Babilonia, en los mejores tiempos de esta ciudad, comercio no sólo de consumo, pues Babilonia era un gran emporio y centro mercantil entre el Oriente y Occidente, llegó á un inmenso desarrollo.

A Nabucodonosor sucedió en 561 su hijo Evil-Mesadach, que fué destronado (559 antes de Cristo) por Neriglisor, cuyo hijo y sucesor Laborosarchoh fué también á su vez destronado después de un breve reinado por Nabonnid, el Baltasar de la Escritura (555 antes de Cristo). En el año décimooctavo del reinado de este último, Babilonia fué tomada por Ciro y pasó á manos de los persas.

J. A.

GRAMATICA

I. Interjecciones: Su naturaleza y concepto deducido de esta naturaleza. — II. ¿Son parte de la oración? — ¿Cómo pueden traducirse? — III. Dificultad de clasificarlas en especies distintas.

Es el hombre un sér de naturaleza compleja por cuanto le integran dos elementos: uno físico, el organismo corporal; otro de sustancia espiritual, el alma. Este segundo elemento es activo por sí, y entre sus preciosas cualidades cuenta la de poder manifestar oralmente los resultados de aquella actividad traducidos en ideas, pensamientos, juicios y raciocinios.

La manifestación oral requiere, como medio, un conjunto de signos que, combinados, forman palabras, y éstas, relacionadas á su vez con más ó ménos libertad, pero siempre con racional sentido, expresan el pensamiento.

I

¿Qué oficio desempeña la interjección en esa propiedad del sér humano? ¿Debe ó no colocarse entre las llamadas por los gramáticos partes de la oración?

En esto vamos á ocuparnos, dando á conocer ante todo la doctrina más admitida sobre la naturaleza de la interjección.

El abate Regnier conjetura que la interjección es la primera voz de que el hombre se valió en los albores de su infancia para expresar al exterior sus sentimientos, y esta conjetura ha sido después elevada á la categoría de afirmación por otros sabios.

« Las primeras causas, dice uno de éstos, que excitan á la voz humana á hacer uso de sus facultades son los sentimientos ó las sensaciones internas, y no los objetos exteriores, que no son, por decirlo así, ni percibidos ni conocidos. »

Dada, pues, la causa productora de las interjecciones, añadamos que el grito con que se expresa una modificación del sentimiento no está en la esfera de las determinaciones voluntarias, sino que es completamente espontáneo. Al sentir un dolor, por ejemplo, escápasenos un ¡ay! ú otro sonido, pero instantáneo, involuntario, lo mismo al hombre civilizado que al salvaje; así como un momento de entusiasmo, producido por un acto sublime de abnegación, nos arranca un nuevo grito sin previo discernimiento.

Las interjecciones, pues, no se aprenden, las produce todo hombre en condiciones de ánimo determinadas, y son el medio con que el niño manifiesta en sus primeros días que es capaz á la vez de sentir y de expresar los resultados del sentir.

Obsérvase que en todas partes son breves, rápidas, cual corresponde á la instantaneidad de su producción y á su carácter natural y primitivo. No nacen del entendimiento, sino del corazón; por esto no expresan ideas de objetos exteriores, sino los sentimientos del interior. Las ideas se suceden y relacionan mediante el uso de nuestras facultades discursivas; los afectos del corazón quedan aislados, no hay en ellos la derivación que se nota en las ideas ni encadenamiento facticio.

Podemos ya, una vez expuestas las anteriores consideraciones, dar el concepto de la interjección, diciendo que *es un signo instintivo con que expresamos al exterior nuestras sensaciones y sentimientos.*

II.

Pero la interjección es además sumamente expresiva en cuanto á la calidad é intensidad del afecto manifestado, y á veces suele acompañarla el gesto, que hace más enérgica la expresión.

Aunque los gramáticos las clasifican entre las llamadas partes de la oración, creemos que hay en esto inexactitud, porque el nombre, el verbo, etc., son palabras necesarias, sí, pero convencionales, y por lo tanto posteriores á aquel lenguaje natural y primitivo; no forman parte de la oración, sino que pueden traducirse en una oración entera. Cuando de repente nos hallamos en presencia de un sér querido, y á quien no esperábamos, el ¡ah! que exhalamos equivale á *¡cuánto placer me causa tu venida!*

Por esto no tienen sitio determinado en la construcción gramatical. El orador la pronuncia en el momento oportuno, cuando el estado de su ánimo requiere una expresiva, breve y súbita explosión del sentimiento que le embarga, resultando más bello el pensamiento cuanto más natural y espontánea es la interjección: el escritor, que obra con más calma, se ve perplejo en la elección de momento, precisamente porque trabaja de acuerdo con las reglas del arte.

En la expresión de aquellos sentimientos, el sér humano tiene mucho de común con otros animales; y no se dirá que en éstos hay arte, toda vez que no poseyendo la facultad de hablar, no han menester reglas para la manifestación del pensamiento. Tienen, sí, el lenguaje natural, cada uno en la medida de sus propias necesidades.

III.

El número de modificaciones de nuestra alma es inmenso y no se presta á una clasificación racional y metódica, que, por otra parte, sería de poca utilidad al gramático; viniendo á dificultar más y más la posibilidad de este trabajo, el que con un mismo signo expresamos alegría, sorpresa, dolor, etc., sin otra diferencia característica que la diversa modulación de la voz.

JOSÉ MARÍA PONTRS.

SOLUCIÓN DEL ENIGMA HISTORICO.

PUBLICADO POR D. JOSÉ MARÍA PONTES.

Smerdis, hermano del rey Cambyzes, acompañó á éste en su expedición á Egipto. Fué el único de los persas que llegó á servirse del arco que se había traído de Etiopía, por lo que el rey concibió tal envidia hácia su hermano, que no pudo sufrir más su presencia en el ejército, y lo mandó á Persia.

Habiendo poco tiempo después soñado que un propio venía á decirle que Smerdis ocupaba su sôllo, sospechó que su hermano aspiraba á reinar, y envió á Persia á Prexaspe, uno de sus principales confidentes, con orden de hacerlo morir, lo que fué ejecutado.

Cambyzes, al salir de Susa para su expedición á Egipto, había dejado la administración del Gobierno, durante su ausencia, en manos de Patisithe, uno de los jefes de los magos. Este tenía un hermano que se parecía mucho á Smerdis, hijo de Ciro, el cual quizás por esta circunstancia llevaba el mismo nombre. Desde que le informaron de la muerte de este príncipe, que se había tenido casi secreta, y sabiendo además que la maldad y crueldad de Cambyzes habían llegado á tal punto que ya no había medio de sufrirle, elevó al trono á su propio hermano, haciendo correr la voz de que era el verdadero Smerdis, hijo de Ciro; y sin más tardar envió heraldos por todo el imperio para darlo á conocer y ordenar la obediencia á todo el mundo. Cambyzes hizo arrestar al portador de la noticia en Siria, é inmediatamente dió orden á su ejército de ponerse en camino para exterminar al usurpador. Pero cuando montó á caballo, su espada, cayéndose de la vaina, le hirió, produciéndole la muerte poco tiempo después.

No tardó en descubrirse la superchería; y Otanes, noble persa, formó una conspiración con cinco de los más altos señores del imperio; y Darío, ilustre persa, hijo de Hystaspes, que era gobernador de la Persia, sobreviniendo muy á tiempo, entró también en la conjuración y adelantó mucho su ejecución.

Esto fué hecho con gran secreto por temor de que se descubriera.

El día fijado entraron en el palacio sin ninguna dificultad, gracias á su alto rango; pero cuando estuvieron cerca del cuarto del

rey, como los oficiales quisieran impedirles la entrada, sacaron sus espadas y mataron á todos los que osaban oponérseles.

Smerdis y su hermano murieron juntos, y en el mismo momento, cuando aún tenían las manos ensangrentadas, salieron del palacio, expusieron al público la cabeza del falso Smerdis y la de su hermano, y descubrieron al pueblo toda la superchería.

Después de este acontecimiento los conjurados deliberaron sobre la forma de gobierno que convenia establecer; y siguiendo el consejo de Darío, se resolvió continuar la monarquía sobre la misma base que la había establecido Ciro.

Ya no faltaba más que saber cuál de entre ellos seria el rey, y determinar de qué manera se procedería á la elección. Creyeron deberse conformar con la voluntad de los dioses. Para ello fué convenido que al día siguiente se hallarian á caballo en cierto punto del arrabal de la ciudad que fué señalado, y que seria rey aquel cuyo caballo relinchara el primero.

El escudero de Darío, para asegurar la corona á su amo, se valió de un artificio. Ató la noche de la víspera una yegua en el sitio donde debía ir á la mañana siguiente y llevó allí al caballo de su amo. Los conjurados se reunieron en el lugar de la cita, y el caballo de Darío, apenas llegó al sitio donde pudo percibir la presencia de la yegua, relinchó; por lo cual Darío fué saludado rey por los demás y puesto en el sôllo. Esto sucedió en el año 549 antes de J. C.

El imperio de los Persas, así restablecido, prosperó por la sabiduría y valor de estos siete señores, y Darío los elevó á las mayores dignidades y los honró con los más grandes privilegios. Desde entonces los reyes de Persia, de esta raza, tuvieron siempre siete consejeros así privilegiados.

Darío quiso transmitir á los siglos futuros su reconocimiento á su escudero y á su caballo; hizo erigir una estatua ecuestre con esta inscripción: «Darío, hijo de Hystaspes, ha adquirido el reino de Persia por medio de su caballo (seguía el nombre) y de Ocharés su escudero.»

Los predecesores de Darío no exigían impuestos á los pueblos conquistados; pero éste comprendió que no le sería posible mantener

en paz todas las naciones que le estaban sometidas sin tener un buen ejército, ni sostener este ejército sin pagarlo, ni pagar exactamente esta retribución sin establecer impuestos sobre los pueblos. Para poner, pues, más orden en la administración de su hacienda, dividió su imperio en veinte provincias ó satrapías. Los súbditos naturales, es decir, los persas, estaban exentos de todo impuesto.

Al principio del quinto año del reino de Darío, en el 517 antes de J. C., aconteció la rebelión de Babilonia, cuya reducción le costó veinte meses de sitio. Los babilonios, aprovechándose de las revoluciones que hubo en Persia, primeramente á la muerte de Cambyses y luego de la de los magos, hicieron secretamente durante cuatro años toda clase de preparativos de guerra. Darío, durante diez y ocho meses, puso en práctica todo lo que la astucia y la fuerza pueden en los sitios; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles, y empezaba casi á desesperar de apoderarse de la ciudad, cuando una estratagema increíble le abrió las puertas de aquella.

Fué sorprendido un día al ver á Zopiro, uno de los más grandes señores de su corte, cubierto de sangre, la nariz y las orejas cortadas, y todo el cuerpo lleno de heridas. Levantándose de su trono, exclamó: «¿Quién ha podido maltratarte de tal modo!—Vos mismo, señor, contestó. El deseo de servirle me ha reducido á este estado. Persuadido que vos no queríais nunca consentirlo, no he tomado consejo de nadie.» Y le refirió que tenía intención de pasarse á los enemigos diciéndoles que Darío le había así maltratado porque le aconsejaba no permanecer por más tiempo delante de una ciudad que le sería imposible tomar. Darío accedió á ello, y convino con él todo lo que debía hacerse. No sin gran dolor lo vió alejarse el rey, porque temía lo mataran. Los babilonios dieron fé á sus palabras, llegando hasta nombrarle general en jefe, y le confiaron la guardia de las murallas. Entonces entregó la ciudad á Darío.

Después de esto Darío hizo grandes preparativos de guerra contra los Scythas, tomando por pretexto la irrupción que antiguamente habían hecho en Asia, pero realmente no teniendo otro más que el de satisfacer su ambición y extender sus conquistas. Esta expedición fué menos dichosa por no poder des-

truir á enemigos que siempre huían delante de él, hasta conducirlo á una extensa llanura, inculta, desierta y absolutamente desprovista de agua, donde el ejército entero se halló expuesto á un inevitable peligro de perecer. Darío no deliberó más y se vió obligado á renunciar á su loca empresa, después de haber sufrido grandes pérdidas. Se cuenta que sin duda para hacerle desistir de esta guerra, los Scythas le habían mandado como regalo simbólico un raton, un pájaro, una rana y circo flechas.

Al regresar dejó á Megabyses, uno de sus primeros generales en la Tracia para acabar su conquista que había empezado.

Hacia el año trece de su reinado quiso extender su dominación por el Oriente y conquistó la India.

Habiéndose sublevado los jónicos, los atenienses les prestaron auxilio, por lo cual Darío resolvió hacerlos la guerra, dando así principio á las célebres guerras entre los griegos y los persas.

En el año 28 de su reinado, envió á su yerno Mardonio contra los atenienses y los eretrianos con una escuadra y un buen ejército. A su llegada á la Macedonia, ésta se sometió; pero su escuadra, habiendo querido doblar el monte Athos, sufrió tal tempestad, que más de 3.000 buques y 20.000 hombres perecieron. En el mismo tiempo el ejército fué sorprendido por los de Tracia, que hirieron hasta al mismo Mardonio. Todos estos sucesos le obligaron muy pronto á volver al Asia.

Algún tiempo después Darío envió otro ejército numerosísimo mandado por Datis, que también fué vencido, por solos 10.000 griegos, que tenían por general á Milciades, secundado por Temístocles y Aristides.

Cuando Darío supo que su ejército estaba vencido, lejos de desanimarse, resolvió ir en persona con todas sus fuerzas á vengarse y hacer al propio tiempo la guerra á Egipto.

Después de emplear tres años en estos preparativos, Darío fué sorprendido por la muerte en el año 485 antes de J. C., á los 36 años de reinado, dejando á su hijo Xerxes por sucesor y á su cuidado la continuación de la guerra.

El advenimiento de Darío al trono y los hechos del principio de su reinado están re-

feridos en la importante inscripción de Behistun. Esta consiste en una roca (en el Kurdistan Persa) de 456 metros de altura, en la cual se ve esculpido un bajo-relieve colosal encima de una inscripción, tan extensa que el viajero Her-Poter decía que se necesitaban dos meses para leerla.

JULIETA LE GRAND Y JABONIN.

ORÍGEN DEL AZÚCAR.

Todos los naturalistas antiguos y modernos aducen pruebas en defensa de la opinión que sustentan sobre cuáles es el país originario de la caña. El autor que á más lejana época se refiere es Teofrastes, que dice que de la caña se saca la miel.

Mr. Eduardo Wray sostiene que la caña de azúcar procede de la India y no de China, mientras el eminente Humbolt afirma que los chinos elaboraban el azúcar con caña de este país 3.300 años antes de Jesucristo.

Dioscórides nos asegura que en el siglo I se encontraba cierta clase de miel en una caña que crecía en las Indias y la Arabia feliz, y Séneca, Lucano y Plinio convienen en que el azúcar sólo se empleaba en los usos medicinales.

Lo que parece más averiguado es que hasta el descubrimiento de América las islas Canarias y de la Madera surtian de azúcar á Europa, donde se introdujo y generalizó en tiempo de las Cruzadas.

También hay motivos para asegurar que antes de la invasión de los árabes se conocía en Andalucía; y después, en el año de 1238, los mismos árabes la cultivaron en las huertas de Gandía y Oliva.

En 1424 inventó un veneciano el modo de refinar el azúcar, de donde nace llamar los paños de este dulce *Panis de Veniss*.

Cuando descubrió Cristóbal Colon el Nuevo Mundo, Pedro Estéban aclimató este producto en Santo Domingo, y un catalán llamado Miguel Ballesteró fué el primero que extrajo el jugo.

No obstante la propagación de esta riquísima planta en el siglo XVII era aún el

azúcar un artículo de lujo de que sólo disfrutaban las clases ricas.

En 1643 la elaboraron los ingleses en San Cristóbal, y en 1657 los franceses en la Guadalupe.

Cuando se apoderaron los primeros de Jamaica en 1656, sólo se contaban allí tres ingenios.

Por último, á mediados del siglo pasado los padres jesuitas hicieron grandes plantaciones de caña en la Luisiana procedentes de Santo Domingo.

Desde entonces data la importancia azucarera de aquella parte de los Estados-Unidos.

EL CORTESANO.

Con el reposo del campo
Y apacibles distracciones,
Un cortesano quería
Devanecer sus dolores.
Mas ¡ay! su mente ofuscaba
La ambición, que el bien corrompe,
Mientras que tristes memorias
Hacían sus penas dobles.
Y así, buscando el sosiego,
Que sólo el justo conoce,
De su amargura seguido
Caminaba con pié torpe.
Una extendida pradera
Vió por fin, rica en verdores,
Y en un trozo mal tajado
De blanca piedra sentóse.
Dispersas luces bullían,
Daba el campo sus olores,
El sol brillante á lo lejos,
Bello y limpio el horizonte.
De herboso peñón brotaban
Mil fuentecillas acordes,
Que en blanda lluvia deshechas
Iban cayendo en las flores.
Y luego en fúlgido arroyo
Deslizábanse veloces,
El ruido leve sonando
De sus cristales entonces
—Allí, solitario abría

La fecunda tierra un hombre,
 Y con sudor la regaba
 Para merecer sus dones.
 Y aunque latía su pecho
 En fatigosos rigores,
 Y á pesar de que su frente
 Al rayo del sol quemóse,
 Dulce bondad respiraba,
 Mostrando sus puros goces
 En el són franco y sencillo
 De placenteras canciones.
 Y el eco las repetía,
 Y el ave tiernos redobles
 Daba escondida en las ramas
 Publicando sus amores.
 No lejos, y al pié florido
 De choza pajiza y pobre,
 Y entre nevados y alegres
 Corderillos jugueteros,
 Alma de aquellos espacios,
 Gloria de aquellas regiones,
 Llena de paz se encontraba
 Su venturosa consorte.
 Y entre sus manos tenía,
 Absorta en gratas labores,
 Telas que fueron un tiempo
 Blancos y rizos vellones;
 Y aquí lucientes panales,
 Más allá frutas y flores,
 Y á un lado sus tiernos hijos,
 Que al són de la cuna dócil,
 Con infantiles acentos
 Baluceaban su nombre.
 —Dejó el solitario huésped,
 Sumido en mil reflexiones,
 Tan dulce tierra, envidiando
 A sus libres poseedores.
 Y mientras iba en los aires
 Derramándose la noche,
 Y las estrellas salían
 En magnífico desorden,
 Él, de dolor traspasado,
 Volvióse triste á la corte,
 Y ellos marcharon del sueño
 A conquistar sus favores.

JULIO DE EGUÍLAZ.

INDUSTRIA PECUARIA

Desde la más remota antigüedad ha sido considerada la cria de los animales domésticos como una de las industrias más lucrativas y necesarias, y aun en la actualidad constituye la única riqueza de muchos pueblos y naciones. Si nos remontamos á los primitivos tiempos, la Sagrada Escritura nos demostrará como inmediatamente después de perdida la gracia por el pecado de nuestros primeros padres, Dios condenó al hombre á trabajar la tierra y á vivir á expensas de sus frutos. Los primeros hijos de Adán, Cain y Abel, se dedicaron el primero á la labranza y el segundo á la vida pastoril y á la cria de los ganados.

Abraham y el resto de los patriarcas, por falta de residencia fija, se aplicaron á la vida pastoril, ennobleciendo esta profesión con sus ejemplos personales. El Santo Job, que era el más rico y poderoso entre todos los orientales, tenía quinientas yuntas de bueyes, quinientos jumentos, siete mil ovejas y tres mil camellos. Y para demostrarnos la riqueza producida por los ganados, nos dice el libro santo que el Señor había concedido al rey Ezechias una abundancia extraordinaria de bienes, porque poseía infinidad de rebaños de ovejas y de todo género de ganado mayor. Uno de los reinados más felices y opulentos en Judá fué precisamente el del príncipe Ogías, por el sinnúmero de animales domésticos que criaba. Este poderoso monarca mandó construir dilatados corrales, vastos invernales y casas fortificadas con torres, para que se retirasen á ellas los ganados y pastores, y para que estuviesen allí defendidos y seguros.

En las cruentas guerras de los israelitas, el botín más codiciado y el que aumentaba considerablemente sus riquezas era el de los animales domésticos que sin piedad arrebatában á sus vecinos, y al que debían toda su preponderancia y valimiento. De modo que el esplendor y la opulencia, la fuerza del poder y las jerarquías, y finalmente la mayor ó menor consideración social de los magnates y soberanos de aquella época, dependía muy especialmente del número y variedad de los animales domésticos.

Adelantando más en la historia, podemos

observar que en los tiempos en que la ilustración de Grecia se reflejaba por todo el ámbito del universo, la industria pecuaria fué desde luego como una de las más principales y más sólidas bases para el sostén de este engrandecimiento.

Los habitantes de varios de sus departamentos se dedicaron exclusivamente á la vida pastoril, como sucedía, entre otros, á los de la feliz Arcadia, de inolvidables recuerdos. Las cuantiosas riquezas que produjeron sus colonias fueron en todo debidas á la cria y mejora de los animales domésticos; y en una palabra, la industria pecuaria contribuyó eficazmente al fomento de su brillante agricultura, á la propagación de su poderosa industria y al esplendor de su floreciente comercio.

Los romanos imprimieron prodigiosamente á esta industria el sello de la grandiosidad de su carácter, y supieron sacar de ella innumerables ventajas para conseguir el práctico bienestar, comodidad y recreo de la república.

La importancia de la *granjería* se encuentra bien demostrada en la célebre sentencia de Marco Caton, al cual, habiéndole preguntado un día qué parte de la industria rural se podía ejercer para hacerse rico en poco tiempo, respondió que la de apacentar bien el ganado.

Los animales llegaron á obtener hasta la equivalencia de la moneda, pues sabido es que las leyes antiguas designaban expresamente el que las multas se pagasen irremisiblemente en bueyes y ovejas, lo cual era un medio hábil para restringir los delitos, porque los animales se apreciaban más que el dinero y daban mucha mayor consideración social al individuo. Los nombres latinos *pecunia*, que significa la moneda; *peculium*, que quiere decir lo que suena y también el pegujar, parecen haberse derivado de *pecus*, que significa ganado, porque éste constituyó desde los primeros tiempos la verdadera riqueza de los antiguos.

Vemos, pues, por estos ligeros apuntes históricos que la preponderancia de las naciones ha estado desde un principio en razón directa y hasta subordinada al mayor ó menor desarrollo de su industria pecuaria, la cual ha sido en la mayoría de los casos el

barómetro de la agricultura, el fundamento de las manufacturas y el manantial inagotable del tráfico. Las tribus y los pueblos que han vivido de la caza y de la pesca han sido siempre salvajes ó casi salvajes, han desconocido los deberes sociales y nunca han podido exceder de unas 400 almas. Al contrario, las naciones pastoriles, aunque algunas de ellas no conocen habitación fija y viven en tiendas ó casas portátiles, y la tribu ó nación entera muda de situación según las estaciones é influencias atmosféricas ó las exigencias sociales, tienen mucha mayor ilustración, se rigen por leyes más ó menos acomodadas á sus necesidades, y su población puede ascender á 400 ó 500.000 individuos. Tal es aún el estado en que se encuentra una gran porción del imperio marroquí, el África del Sur y parte de la Tartaria.

Siendo los animales domésticos los más indispensables servidores del hombre, los que contribuyen en gran manera á su mantenimiento, los que le visten y proporcionan las primeras materias para atender á sus principales necesidades, y los que de tal manera le ayudan en sus trabajos, que sin ellos no podría subsistir, nada tiene de particular que en todas las naciones y en todos los tiempos se haya considerado la *ganadería* como uno de los principales sostenes del Estado.

Con frecuencia citan nuestros escritores contemporáneos el siglo XVI como la época más floreciente de la nación española, diciendo que la España en dicha época era una de las naciones más poderosas de la Europa; que los numerosos artefactos de sus fábricas de paños eran muy estimados en todas partes y muy apatecidas y buscadas sus sederías; que sus vinos eran trasportados con avidez y figuraban en primera línea en las espléndidas mesas de extranjeros magnates, y, últimamente, que sus barrillas, aguardientes y hasta sus ganados obtenían una marcada predilección en los mercados extranjeros.

Al juzgar de una manera tan precipitada como esta; al hacernos la ilusión de haber conseguido nuestro país en otro tiempo un grado de apogeo al cual es muy difícil volver, no sólo faltamos á la verdad de nuestra historia, sino que faltamos á la verdad de la historia de la Europa entera. Para comprobar lo que acabamos de manifestar, no hay más

que detenerse por un instante á examinar el estado de la Europa en los siglos XV y XVI y la situación de España desde el XIII hasta fines del XVI. Estableciendo este paralelo es como mejor podremos juzgar de nuestra verdadera situación.

Según las notas que extractamos de varios economistas españoles, resulta que Cataluña en el siglo XIII tenía ya muchas fábricas de paños, y surtía con ellas á las islas de Córcega, al reino de Nápoles, á Smirna, á Alejandría y á Holanda.

Los paños que se fabricaban en Cuenca, que por lo general eran azules, se exportaban á Turquía y á las costas de Berbería.

Las fábricas de Segovia empleaban todos los años 178.500 arrobas de lana, y ocupaban 34.189 personas, las cuales ganaban 2.424.810 ducados.

A mediados del siglo XVI existían en Toledo 564 fábricas de gorros, más estimados que los de Milán y Génova, y se ocupaban en su fabricación 698 familias, que elaboraban anualmente sobre siete millones de gorros.

Las fábricas de medias establecidas en la Mancha y en Toledo consumían 28.000 arrobas de lana, en cuyas fábricas trabajaban 16.900 personas, fabricando anualmente 700.000 pares de medias.

Uniendo á estos datos que tanto interesan á la industria pecuaria, los que naturalmente se desprenden del comercio, navegación, artes, oficios y agricultura, y recordando á la vez los buenos tiempos del célebre mercado de Medina del Campo, constantemente visitado por traficantes extranjeros, tendremos en un todo bosquejado y redondeado el cuadro de nuestra nación, la cual es indudable que prometía ser muy floreciente, si como hubiera sido de desear nuestros mayores se hubieran dedicado con más afán á perfeccionar y variar los productos de la agricultura y de la industria y hubiesen alimentado con ellos el comercio.

Veamos cuál era la situación del resto de la Europa en aquel tiempo.

A Inglaterra le costará trabajo recordar en la actualidad que hasta la época de la reina Isabel no había enviado un barco á América; que las medidas tomadas por Cromwell, luego que se apoderó de la Jamaica,

sobre la España y se estableció la famosa acta de navegación, la constituyeron en potencia marítima y comerciante, y por último, que la revocación del edicto de Nantes y el asilo dado á los franceses refugiados introdujeron allí las artes.

La industriosa Holanda hasta el año 1567 no tuvo fábricas ni conoció más marina que la indispensable para la pesca del arenque; todo su comercio le introdujeron los flamencos y los religionarios franceses.

Finalmente, la ilustrada Francia, hasta el gobierno del duque Sully en el reinado de Felipe IV, ignoraba el modo de administrar su hacienda, y hasta Colbert no tuvo fábricas bien montadas de paños ni de sedas.

Esta sucinta exposición histórica nos demuestra que la luz que iluminó la felicidad de España, apareció más viva y deslumbrante á causa de las densas tinieblas que oscurecían la Europa y que á medida que las naciones extranjeras reconocieron sus verdaderos intereses, trataron de sobrepujarnos á fuerza de constancia, llegando á vencer hasta los inconvenientes del clima. Desde luego se comprende que ocupando la industria pecuaria un lugar tan predilecto, por estar íntimamente relacionada con la agricultura y las principales manufacturas, ha participado de estos mismos infortunios; pero tenemos el profundo convencimiento de que ha llegado ya el momento de que empiece á elevarse á la gran altura que le corresponde.

M. ATIENZA Y SIRVENT.

FÁBULAS ORIENTALES

EL BRACMAN Y EL CANGREJO.

En la villa de Somapury vivía un bracman llamado Cahla-Sarma, quien después de haber experimentado una larga serie de miserias, se vió repentinamente elevado á una brillante opulencia, como resultado de una reunión de circunstancias favorables. Resolvió entonces emprender la peregrinación del Ganges, con objeto de conseguir el perdón de sus pecados lavándose en las aguas de

aquel sagrado río. Atravesando un día en su viaje un desierto por donde corría el río Sarasvaty, quiso hacer en él sus abluciones acostumbradas. No bien había entrado en el agua cuando vió venir hácia él un cangrejo, que le preguntó dónde iba. Informado de que su viaje era una peregrinación al Ganges, le suplicó que le llevase á aquel río bendito, prometiéndole que, si le hacía este favor, lo tendría presente toda su vida, y que si alguna ocasión se presentaba de serle útil, haría todo lo posible por darle pruebas de su gratitud. Sorprendido el bracman al oír estas últimas palabras, le preguntó si sería posible que un ente tan débil y bajo pudiese jamás hacer un servicio á un hombre, y sobre todo á un bracman, á lo cual el cangrejo respondió con el apólogo siguiente:

EL REY, EL ELEFANTE Y EL BRACMAN.

En la ciudad de Pravaty-Patua vivía un rey llamado Adhira-Varma. Un día que estaba cazando en el centro de un espeso bosque, acompañado de una multitud de gentes, vió venir hácia él un enorme elefante, cuya repentina presencia infundió terror en toda la comitiva. Habiendo el rey animado á sus gentes, les dijo que era necesario ver el mejor medio de apoderarse de aquel animal para conducirlo á su palacio. Con este intento se pusieron á cavar una zanja profunda, y la cubrieron con ramas y hojas de árboles; rodearon después los cazadores al elefante, sin dejarle otra salida que la que conducía á la zanja, en la cual cayó efectivamente.

Contentísimo el rey con tan buen éxito, dijo á sus gentes que, antes de hacer ensayos sobre el modo de sacar de la zanja al elefante, era necesario que ayunase durante ocho días, y que después de este término, perdidas sus fuerzas, sería fácil domesticarlo. Todos, pues, se retiraron, dejando al elefante en la trampa en que había caído.

Dos días después, viajando un bracman por las márgenes del río Zunna, llegó á pasar por la inmediación de aquel sitio, y viendo al elefante en la zanja, le preguntó cuál era la causa funesta de hallarse en aquella situación. El elefante le contó su triste aventura, y después le informó de los tormentos que padecía, tanto por las consecuencias de

su caída como por el hambre y sed, suplicándole que tuviese compasión de él y le ayudase á recobrar su libertad.

El bracman le hizo presente que sus fuerzas no eran suficientes para retirar de una zanja tan profunda un elefante de aquella corpulencia. El elefante continuó, sin embargo, sus instancias, pidiéndole que á lo ménos le ayudase con sus consejos, indicándole algún medio de sustraerse á los peligros que le amenazaban, á lo cual respondió el bracman, que si se acordaba de haberse empleado en servicio de alguno, debería invocarlo en aquella situación é implorar su socorro.—No tengo presente, replicó el elefante, haber sido útil á nadie si no es á la especie de las ratas, y la ejecuté de este modo:

EL ELEFANTE Y LAS RATAS.

En el país de Calinga-Dasam reinaba un monarca llamado Subarna-Balne, cuyos dominios se vieron repentinamente infestados por millones de ratas, que devoraban todas las plantas y causaban un estrago total en todas partes. No pudiendo los moradores del país existir en medio de semejante plaga, se presentaron al rey, y le suplicaron que tuviese á bien tomar alguna determinación para ponerlos á cubierto de la destrucción que hacían aquellos animales. Condescendiendo el rey con aquella instancia, llamó á todos los cazadores del reino, los cuales, provistos de redes y trampas de toda especie, salieron reunidos á la persecución de las ratas: con mucho trabajo y paciencia consiguieron sacarlas de sus hueras; las prendieron á todas y las pusieron vivas en tinajas de barro, donde las dejaron con la idea de que se murieran de hambre. En este estado (continuó el elefante) vine yo á pasar por el paraje en que todas las ratas amontonadas y mezcladas en gran confusión estaban presas. Habiendo su comandante oído mi voz, me llamó y me rogó que, mirando con ojos de compasión á ella y á sus compañeras, las salvase la vida.

No había cosa más fácil para mí, pues con una patada podía destrozár las vasijas de barro que las tenían cautivas. Movidó, pues, de compasión por la suerte de aquellas infelices, despedacé sus prisiones, y de este modo las libré de una muerte muy próxima. La comandante de las ratas, después de darme las gra-

cias, me dijo que ella y su comitiva conservarían en la memoria eternamente el servicio importante que les había hecho, y juró que me lo recompensarían en retorno, siempre que me viese en algún contratiempo.

Concluida la relación del elefante, aconsejóle el bracman que invocase á las ratas, ya que tanto las había favorecido, y que las llamase en su ayuda. Deseándole después una pronta libertad, le dejó, y siguió su camino.

Entregado el elefante á sus únicas reflexiones, pensó que no podía hacer cosa mejor que seguir el consejo que acababa de oír. A la voz de su bienhechor acudió al momento la comandante de las ratas. No bien la descubrió el elefante cuando la hizo una relación de las desgracias que le habían sucedido y de las que le amenazaban, suplicándole que de cualquier modo le ayudase á salir de aquella prisión.

El servicio que exigís de mí, señor elefante (respondió la rata), no es cosa difícil: tened ánimo, y os prometo que en breve tiempo he de procurar vuestra soltura.

La comandante de las ratas convocó inmediatamente algunos miles de sus súbditas, y las condujo á las márgenes del precipicio donde su libertador yacía sumergido. Todas ellas se pusieron á rascar la tierra que se hallaba alrededor y á echarla en la zanja; ésta se iba llenando poco á poco, y el elefante se elevaba en la misma proporción, de forma que en corto tiempo le fué fácil salir y ponerse al abrigo de todo riesgo.

Concluido este apólogo, dijo el cangrejo al bracman peregrino: «Si una rata halló la ocasión de hacer un servicio de tal importancia á un elefante salvándole la vida, ¿no podrá presentarse otra ocasión en que yo pueda seros útil y daros pruebas de mi gratitud?»

Admirado el bracman Cahla-Sarma de ver tanta inteligencia en un animalito de tan baja esfera, no dudó un punto en llevar el cangrejo, y metiéndole en su mochila ó saco de viaje, continuó su camino.

Al atravesar un bosque espeso se detuvo á cosa del medio día, tiempo en que el calor estaba en su mayor fuerza, y se sentó á la sombra de un árbol frondoso, donde el sueño le cogió al momento, y mientras dormía profundamente sucedió lo que se va á decir.

EL CUERVO, LA CULEBRA, EL BRACMAN Y EL CANGREJO.

Junto al árbol á cuya sombra el bracman Cahla-Sarma disfrutaba de un descanso pacífico, una culebra monstruosa había establecido su habitación, en uno de aquellos montones de tierra que suelen formar las carillas ú hormigas blancas. En el centro del ramaje del mismo árbol puso su nido un cuervo; éste y la culebra, por un efecto de la proximidad en que vivían, formaron una amistad muy íntima. Cuando algún viajero llegaba fatigado á descansar á la sombra del árbol, el cuervo por medio de un graznido se lo avisaba á la culebra, y saliendo ella de su escondrijo, se aproximaba con silencio al viajero, le mordía, le introducía en las venas su veneno, y como éste era sumamente sutil, resultaba la muerte de la persona mordida. Llamando entonces el cuervo á los individuos de su especie, se arrojaban todos sobre el cadáver y lo devoraban.

Luego que el cuervo observó que el bracman peregrino dormía profundamente, hizo á la culebra la señal acostumbrada, de que resultó la salida de la culebra, la mordedura al bracman y la muerte de éste.

Juntó el cuervo inmediatamente sus parientes y amigos, y todos cayeron sobre el cadáver. En el momento en que iban á devorarlo, reparando el cuervo en jefe alguna cosa que se movía en el saco del viajero, le picó la curiosidad y metió la cabeza; pero el cangrejo al momento hizo presa en el cuello con sus garras ó tenacitas con tal fuerza, que casi le ahogó. El cuervo gritaba pidiendo misericordia; pero el cangrejo declaró que no le soltaría á menos que el bracman, de cuya muerte había sido causa, no hubiese recobrado la vida.

En este estado comunicó el cuervo á sus compañeros el apuro en que se hallaba y las condiciones que el cangrejo exigía para dejarle con vida, rogándoles que diesen noticia de todo á la culebra, su amiga, y que la persuadiesen á que, sin perder momento viniese á reanimar el cuerpo del bracman. Instruida la culebra de la desgracia acaecida al cuervo, su amigo, acudió luego al remedio; se aproximó al bracman muerto, y poniendo la lengua sobre la mordedura, le chupó todo el

veneno con que le había contaminado, y le restituyó á la vida.

Recobrado el braçman de sus sentidos, se quedó absorto cuando vió que el cangrejo tenía agarrado con sus zarpas un cuervo, y no acababa de salir de su admiración al oír lo que había sucedido en el tiempo en que el viajero creía haber dormido pacíficamente. Vuelto, pues, en sí, dijo al cangrejo: «Supuesto que el cuervo ha cumplido con las condiciones que le impusiste, es necesario también que tú cumplas tu promesa de dejarle con vida; suéltalo, y que se vaya.»

El cangrejo, que tenía ganas de castigar á aquel malva lo según sus obras, pero que no se atrevía á ejecutarlo cerca de la culebra, respondió que no le daría libertad sino á cierta distancia de allí. Oída esta resolución, condujo el braçman á los dos á cierta distancia del paraje donde estaban, y abriendo su saco, insistió en que el cangrejo cumpliera su promesa.

—¡Insensato! replicó el cangrejo. ¿Merecen más los malvados que se guarde fé con ellos? ¿Quién puede fiar en sus promesas? Este pérfido ha sido incitador de la muerte de infinitos inocentes, y si lo dejas escapar, hará, no debes dudarlo, que perezcan otros muchos. ¿Quieres saber lo que las gentes honradas ganan cuando favorecen á los malos? ¿Quieres conocer el modo con que se debe tratar á éstos cuando uno no los tiene en su poder? La fábula siguiente te lo enseñará:

EL BRACMAN, EL COCODRILLO, EL ÁRBOL, LA VACA Y LA RAPOSA.

En la Agrabara de Agui-Stala, situada en las márgenes del río Yunma, habitaba un braçman llamado Astica, el cual, habiendo emprendido la peregrinación del Ganges, pasó un día por la inmediación de otro río, en que determinó hacer sus abluciones. Luego que entró en el agua se presentó á su vista un cocodrilo, que informado por el braçman de la intención con que se había puesto en camino, le pidió con grandes instancias que le llevase á las aguas de aquel río sagrado, en las cuales esperaba hallarse mejor que en el sitio donde estaba, cuyo terreno quedaba seco en la época del calor con detrimento de su salud.

Movido á compasión el braçman permitió

al cocodrilo entrar en el saco, y cargándolo sobre sus espaldas, siguió su camino.

Habiendo llegado el peregrino á la orilla del Ganges, abrió su saco, y mostrando las aguas al cocodrilo, le dijo que podría entrar en ellas; pero él respondió á su bienhechor que, sintiéndose muy fatigado por causa del viaje, no se hallaba con la fuerza necesaria para llegar por sí solo á la corriente del agua, y por lo tanto le rogaba que le condujese hasta donde había cierta profundidad.

No sospechando el braçman ninguna perfidia, condescendió con la nueva súplica del cocodrilo, se adelantó cuanto pudo con él hacia el lecho del Ganges, y depositó allí á su compañero de viaje; pero en el momento en que quiso retirarse, clavando el cocodrilo sus dientes en una de las piernas de su bienhechor, se esforzaba para zambullirle en el agua.

Atemorizado el braçman, y avergonzado á vista de semejante traición, se desgañaba gritando:

—¡Ah malvado! ¡Ah pérfido! ¿Con tan viles acciones pagas las buenas? ¿Es esta la virtud que tú practicas? ¿Es esta la gratitud que yo debía esperar de tí en pago de haberte sido útil?

—¿Qué es eso de virtud y gratitud? respondió el cocodrilo; la virtud en estos tiempos consiste en devorar á los que nos alimentan.

—Suspende á lo menos por algunos momentos tu pérfida intención, replicó el braçman, y veamos si la moral que tú profesas encuentra algún defensor. Pongamos el asunto á la decisión de árbitros, y si se presentan tres solamente que aprueben tu modo de pensar y obrar, consentiré en que me devores,

Rindióse el cocodrilo á las reclamaciones del braçman, y consintió en no hacerle víctima de su glotonería sino después de haber recogido tres votos que no reprobasen su conducta.

(Se continuará.)

P. I.

VEGETARIAM SOCIETY.

Con este título existe desde principios de este siglo una sociedad muy singular establecida en Londres, y conocida en el conti-

nente con el nombre de *Secte des legumistes*, que cuenta con miles de socios, que se proponen no tomar otro alimento que legumbres.

Sus estatutos preceptúan:

- 1.º No matar animales.
- 2.º No comer carne ni alimento que proceda de los animales: permítase tomar leche únicamente á los nuevos adeptos (algunos disidentes autorizan el uso de la leche que provenga de los animales herbívoros, puesto que dicen nada tiene de común con la carne).
- 3.º No añadir á los manjares que sirvan de alimento á los socios sal ni especie de ninguna clase.
- 4.º Está rigurosamente prohibido separar el salvado de la harina para hacer pan.
- 5.º Abstenerse de toda clase de bebidas, y aun del té y café, siendo el agua pura la única bebida.
- 6.º Los ejercicios corporales contribuyen poderosamente á la regeneración moral; no deben por lo tanto descuidarse, lo mismo que la natación, la gimnasia, etc., á que deben dedicarse asiduamente los socios de todas clases y sexos.
- 7.º Usar vestidos sencillos, conforme á la naturaleza, y no dependientes de los caprichos de la moda.

El fundador de la sociedad fué el Dr. J. Newton, que en 1811 publicó un libro en inglés con el título de *Vuelta á la naturaleza, ó apología del régimen vegetal*, y fundó al año siguiente una asociación que se compuso en un principio de 100 individuos. El primer informe salió á luz en 1814, y de él se deduce que en el trascurso de tres años sólo 60 personas habían vivido de vegetales y de agua clara, y que gozaban de completa salud, sin que ninguna de ellas hubiese muerto en este tiempo. Diez y siete personas pertenecientes á las familias del fundador y del Dr. Janbo, que sucedió á Mr. Newton, seguían este régimen desde los siete años, y aunque algunos eran niños de tierna edad y uno enfermo, ningún caso de muerte, ningún accidente grave ocurrió.

Grande importancia adquirió esta estadística, y se hablaba en los salones de Londres de los hijos del Dr. Newton como de «modelos perfectos para la estatuaría, y tan bien dotados bajo el aspecto moral, que sus sentimientos eran en extremo tiernos y apacibles.»

lo que se atribuía á su régimen alimenticio.

Reorganizóse la sociedad sobre principios actuales en 1847. Desde entonces todos los años se verifica en Londres un banquete de corporación en que sólo se comen vegetales, como es natural, según sus estatutos. Publican también todos los años un informe comprensivo de los progresos de la sociedad y demostrativo de las ventajas de su sistema. «El reino vegetal, dicese en él, ofrece tan inmensa variedad, comprendidos los climas extranjeros, que sus producciones, ya en estado natural, ya en el de transformación, pueden satisfacer del todo el más exigente estómago. Por desgracia, estos recursos tan variados se pierden para los carnívoros al competir con los asados y *beefsteaks*, ó bien son consumidos por el ganado en las praderas, y sustraídos de este modo á un empleo más racional.»

El trigo, el centeno, la cebada, el arroz, la tapioca, el maíz, los guisantes bajo todas sus formas, las habas y otros muchos productos suministran alimento sustancial en todas las estaciones del año; con las manzanas, las peras y demás frutos que se conservan, puede ponerse en todo tiempo una abundante mesa que regocije la vista y el paladar, el alma, el cuerpo, etc. Ponderan mucho las patatas y los pasteles de frutas, con los que reemplazan la manteca, y, en fin, las conservas de legumbres para los que habitan lejos de los centros de población y no pueden adquirir legumbres frescas.

La sociedad cita entre sus antepasados en la antigüedad á Pitágoras, Porphiso, Plutarco y Epicuro; en la Edad Media, á Th. Tryon; á mediados del siglo XVIII, al Dr. Cheyne, y entre los modernos, á Linneo, Bernardino de Saint-Pierre, Franklin y otros. Todo el sistema de esta sociedad está fundado, según asientan sus partidarios, en la constitución anatómica del hombre, que es á propósito para el régimen vegetal.

P.

CRONOLOGÍA HISTÓRICA
DE LOS
REYES DE ESPAÑA.

(Continuación.)

Alfonso VIII, hijo de Sancho III y de doña Blanca, subió al trono de Castilla de

edad de tres años. En 1179 ganó una señalada victoria á los moros, y les tomó á Cuenca. En 1189 juntó sus fuerzas con las del rey de León, é hizo grandes extragos en las tieras de los infieles. En 1195, por no haber aguardado los socorros de los reyes de León y de Navarra, perdió una gran batalla con los sarracenos, y seguidamente á Calatrava, Alarcos y otras plazas. Alfonso, en vez de oponerse á las conquistas de Jacob, rey de los Almohades, volvió sus armas contra el rey de León, su primo. En 1199 invadió el Portugal y tomó muchas plazas estando el rey Alfonso en Africa. En 1200 entró en Navarra y se apoderó de las tres provincias de Alava, Vizcaya y Guipúzcoa, que desde entonces quedaron incorporadas á la corona de Castilla. En 1212, acompañado de los reyes de Aragón y Navarra, ganó á los sarracenos la famosa batalla de las Navas, en que murieron, según se cree, más de 200.000 infieles. En 1214 murió Alfonso, el 6 de Agosto. De su mujer Leonor, hija de Enrique II de Inglaterra, tuvo el infante D. Enrique, que le sucedió; á doña Berenguela, que habia casado en 1196 con Alfonso IX, rey de León; á Blanca, mujer de Luis VIII de Francia; á Urraca, casada con Alfonso II, rey de Portugal, y á Leonor, mujer de D. Jaime I de Aragón.

SIGLO XIII.

Enrique I, hijo de Alfonso VIII y de doña Leonor, fué proclamado de edad de diez años, despues de las exequias de su padre. Este jóven príncipe murió de resultas de una herida que le produjo una teja cayendo casualmente sobre su cabeza.

Fernando III, hijo de Alfonso IX, rey de León y de doña Berenguela, hija de Alfonso III, rey de Castilla, fué reconocido á los diez y siete años rey de Castilla, después que la reina su madre, que habia sido proclamada en Valladolid por muerte de su hermano Enrique I, abdicó la corona en su favor. En 1219 casó Fernando con Beatriz, hija del emperador de Alemania. En 1230, después de la muerte de Alfonso IX, su padre, Fernando pasó á León, donde fué proclamado rey. Desde entonces quedaron unidas las dos coronas. En 1236 tomó á los moros la ciudad de Córdoba. En 1246 Abou-Said, rey de Granada, se hizo su vasallo y le entregó la ciudad de Jaén. En 1248 tomó por capitulación

á Sevilla, después de quince meses de asedio, y de la cual mandó salir 300.000 mahometanos. En 1250 se hizo dueño de Jerez, de Cádiz, de Sanlúcar y otras poblaciones. Murió San Fernando el 30 de Mayo de 1252, de hidropesía. De su primera mujer, Beatriz, tuvo á Alfonso, que le sucedió, y seis hijos más; de su segunda mujer, Juana, hija de Simón, Conde de Ponthieu, sólo tuvo á Eleonor, que fué mujer de Eduardo I, rey de Inglaterra. Fernando fué canonizado por el papa Clemente X.

Alfonso X, el Sabio (título merecido por su amor á las ciencias, especialmente á la astronomía), hijo de Fernando y de Beatriz, fué reconocido rey de Castilla y de León. Alfonso en 1257 entró en el Algarbe, donde se apoderó de muchas plazas pertenecientes á los moros. En el mismo año fué elegido Emperador de Alemania por una parte de los electores; pero los disturbios de su reino le impidieron siempre ir á tomar posesión del imperio. En 1259, Enrique, hermano de Alfonso, se rebeló; pero fué derrotado y obligado á huir á Tunez. El rey moro de Niebla, que habia entrado en la facción de Enrique, fué destronado, y sus pueblos incorporados á la corona. En 1262, coligados los reyes moros de España, encontraron desprevenido á Alfonso y le tomaron muchas plazas; pero al siguiente año ganó á los reyes de Granada y Murcia una gran batalla. En 1266 tomó Alfonso posesión del reino de Murcia, que acababa de conquistarle D. Jaime I de Aragón en calidad de aliado suyo. En 1274 pasó Alfonso á Francia, y en Boucaire tuvo unas conferencias con el Papa sobre sus pretensiones al imperio. Durante su ausencia, el rey de Marruecos entró en sus Estados, le tomó muchas plazas y ganó dos batallas. El príncipe D. Fernando, al tiempo que marchaba al encuentro de los infieles, murió en el camino, dejando dos hijos, Alfonso y Fernando de la Cerda. El infante D. Sancho, en el momento que supo la muerte de su hermano, se dirigió á Andalucía y obligó á retirarse al rey de Marruecos. En 1276 hizo Alfonso declarar en las Cortes de Segovia heredero de la corona á D. Sancho, en perjuicio de los dos infantes de la Cerda, hijos del hermano mayor. La reina doña Violante, resentida de esta injusticia hecha á sus nietos, se retiró con ellos y

su madre Blanca á Aragón. En 1282 el príncipe D. Sancho, coligado con el rey de Granada, usurpó el gobierno del Estado y casó con María, hija del señor de Molina. El rey, irritado, desheredó á Sancho y llamó á los infantes de la Cerda, y en defecto de hijos varones de éstos, á los reyes de Francia. En 1284 murió Alfonso el día 4 de Abril, despues de haber perdonado á Sancho, su hijo. Tuvo de su esposa doña Violante, hija de Jaime I de Aragón, cinco hijos: Fernando, muerto antes que él; Sancho, que le sucedió, y otros tres. Fuera de su matrimonio tuvo dos hijos. Mandó hacer la colección de las leyes de las Partidas, y dispuso que se introdujese la lengua vulgar en todas las escrituras é instrumentos públicos.

Sancho IV, el Bravo, hijo segundo de Alfonso X y de Violante, fué coronado en Toledo con María su esposa. En 1292 el infante D. Juan, su hermano, se rebeló y pasó á Africa á pedir socorro al rey de Marruecos, quien le facilitó tropas para hacer la guerra á Sancho. Los africanos, acaudillados por el infante, sitiaron á Tarifa; pero la valerosa defensa del gobernador Alfonso de Guzman salvó la plaza, consintiendo, antes que faltar á sus juramentos de leal caballero, ver muerto á su propio hijo por el perverso D. Juan, que, á falta de mejores hazañas, añadió á su ya dudosa historia el asesinato, sin ejemplo, de un niño inocente. Sancho murió en 1295 en Toledo despues de nombrar heredero al infante D. Fernando, su hijo mayor. Sancho habia casado con María, hija del señor de Molina: este matrimonio, cuya validez habia sido disputada á causa del parentesco en tercer grado que entre ellos existia, fué confirmado despues de su muerte por Bonifacio VIII, y los hijos declarados legítimos por una bula de 6 de Setiembre de 1301.

Fernando IV, el Emplazado, hijo mayor de Sancho IV y de la reina María, fué proclamado en Toledo, y segunda vez en las Cortes de Valladolid. Los primeros años de su reinado fueron combatidos por disturbios que amenazaron su corona. En 1296 su tío, el infante D. Juan, se hizo proclamar rey en León; Alfonso de la Cerda se hizo reconocer rey de Castilla en Sahagún; el rey de Granada entró á sangre y fuego en Andalucía, y derrotó el ejército del infante D. Enrique; el rey de

Portugal invadió á Castilla, y el de Aragón se apoderó de Alicante y de otras plazas del reino de Murcia; pero la reina madre doña María hizo frente á todo, y con su conducta firme y prudente aseguró la corona á Fernando. En 1305 hizo la paz con el rey de Aragón por la mediación del de Portugal, cediendo al primero parte del reino de Murcia. También Alfonso de la Cerda renunció el título de rey por convenio con los reyes de Aragón y Portugal, que le señalaron cierto número de villas para sus alimentos. En 1309 las banderas de D. Fernando entraron triunfantes en Gibraltar arrojando á los moros. En 27 de Setiembre de 1312 murió en Jaen, dejando de Constanza de Portugal, su esposa, á Alfonso, su sucesor, y á Leonor, que casó con Alfonso IV de Aragón.

Alfonso XI, el Noble, hijo de Fernando el Emplazado, de dos años de edad, ocupó la corona de Castilla. Su menor edad no fué menos borrascosa que la de su padre, por las divisiones, parcialidades y guerra entre los pretendientes á la regencia, que al fin se confió á los infantes D. Pedro y D. Juan, y la persona del rey y su educación se encomendaron á la reina María, su abuela. Habiendo muerto los dos regentes en una batalla contra los moros, Castilla fué objeto de nuevas perturbaciones, debido á los ambiciosos pretendientes á la regencia. En 1322 murió la reina abuela doña María, que habia salvado el Estado entre minorías, y dos años despues empezó Alfonso á gobernar por sí mismo. Gibraltar cayó otra vez en poder de los moros, por traición del Gobernador, y todos los esfuerzos del rey para recobrarle fueron inútiles. En 1340 ganó Alfonso á los reyes de Granada y Marruecos la celebre batalla del Salado, en que murieron miles de sarracenos. En 1344, despues de muchas batallas por mar y tierra, Alfonso obligó al rey de Granada á entregarle la plaza de Algeciras. En el año siguiente cedió á D. Luis de la Cerda, hijo de D. Alonso, los derechos á las Canarias, de cuyas islas el Papa Clemente VI le habia ya coronado rey. Murió Alfonso de peste en el sitio de Gibraltar, dejando de su mujer doña María de Portugal á D. Pedro, que le sucedió. Tuvo además de doña Leonor de Guzman los hijos naturales siguientes: D. Enrique Trastámara, D. Fadrique y D. Tello.

Don Pedro el Cruel, hijo de Alfonso XI y de María de Portugal, fué proclamado en Sevilla, de edad de diez y ocho años. El reinado de este príncipe fué una cadena de acciones bárbaras é inhumanas, á que le arrojaron alguna vez sus galanteos, el despecho y la venganza, y en algunas otras la necesidad. Hizo dar muerte, á instancia de su madre, á Leonor de Guzman. Casó con Blanca de Borbón, á quien repudió y encerró en un castillo. Mandó quitar la vida al gran maestro de Calatrava. Casó públicamente con Juana Fernández de Castro, y después de haber tenido un hijo de ella, la abandonó. En 1358 hizo matar á su presencia á D. Fadrique, su hermano, y á D. Juan, su primo. Igual suerte experimentó Doña Leonor, reina viuda de Aragón, madre de este último príncipe. En 1361 mandó dar muerte á su primera mujer, Blanca de Borbón, después de un encierro de ocho meses. En 1362 mató por su propia mano al rey de Granada, quebrantando la fé de un salvo-conducto. Tantas crueldades ocasionaron descontentos, alarmas y quejas, y, en fin, una rebelión en 1366, de cuyas resultas D. Pedro fué arrojado de sus estados por Enrique de Trastámara, su hermano natural. Al año siguiente D. Pedro fué rehabilitado por el príncipe de Gales, que ganó la batalla de Nájera, en la que Enrique quedó derrotado. En 1368 este príncipe volvió á entrar en Castilla, tomó muchas plazas, sitió á Toledo, venció á D. Pedro en el campo de Montiel, le hizo prisionero y le mató por su propia mano. Este fué el fin trágico de Don Pedro, á los 38 años de su edad.

P. J.

El día 29 de Octubre último celebró Junta general la Asociación para la enseñanza de la mujer, que, con arreglo á lo preceptuado en el Reglamento, debía examinar y aprobar las cuentas y proceder también á la renovación de cargos de la Junta Directiva de dicha Asociación. Para lo primero se nombró, á propuesta de la Mesa, una Comisión que deberá dar en breve plazo dictámen escrito acerca de las referidas cuentas, que comprenden los ingresos y gastos del último año económico; y para lo segundo se eligió una Comisión nominadora, que, después de con-

ferenciar algunos momentos, propuso á la Junta la siguiente candidatura, que fué aprobada por unanimidad:

Presidente.

Ilmo. Sr. D. Manuel Ruiz de Quevedo.

Vicepresidentes.

Excmo. Sr. D. Manuel María José de Galdo.

Ilmo. Sr. D. Gumersinda Vicuña.

Tesorera.

Excma. Sra. Doña Concepción Acasio de Ferreira Caamaño.

Secretarios.

D. César de Eguilaz.

D. Pedro Alcántara García.

Consiliarias.

Excma. Sra. Doña María Beruete de Moret.
Doña Carmen Rojo.

Doña Victorina Zurbano.

Doña Carmen Martín.

Secretaria de las Escuelas.

Doña Asunción Vela.

Tomáronse además otros acuerdos importantes que afectan á las bases constitutivas de la Asociación y á los Reglamentos de las Escuelas que sostiene la misma, los cuales publicaremos probablemente en el número próximo.

La solemne apertura del curso de 1882 á 1883 se verificará, á no haber inconveniente que lo impida, el día 19 del actual, y á cuyo acto serán invitados por Comisiones nombradas al efecto los Jefes superiores de la Instrucción pública, los Presidentes de las Corporaciones populares y Centros de enseñanza, y otras muchas distinguidas personas.

El número de alumnas matriculadas hasta la fecha en las diferentes asignaturas que abrazan los programas de estudios de las Escuelas de Institutrices, de Comercio y de Correos y Telégrafos, es considerable, y promete, por las excelentes condiciones de aptitud de las interesadas, brillantes resultados.

MADRID: 1882.

IMP. DE U. GÓMEZ, A CARGO DE DIEGO G. NAVARRO.
Calle de la Cabana, núm. 30.